

LAS CARICATURAS DE MAHOMA

Juan Jacinto Muñoz Rengel

Durante siglos la ley de la gravedad de Newton nos facilitó la comprensión de los fenómenos físicos más importantes del universo observable, y aún hoy un sinnúmero de artilugios funcionan estrictamente en términos de física newtoniana. No obstante, el siglo pasado la teoría general de la relatividad de Einstein vino a reemplazar a la de su predecesor. ¿Estaba Newton equivocado? ¿No era cierta ninguna de las verdades que contenía su teoría? Albert Einstein transmutó todos los conceptos newtonianos, e interpretó la gravedad como una consecuencia de la curvatura del espacio-tiempo, y sin su teoría de la relatividad no hubiesen sido posibles, entre otras maravillas fascinantes, los viajes espaciales. No obstante, algunos estudios del propio premio Nobel, en concreto en el campo fotoeléctrico, dieron lugar a una nueva teoría: la física cuántica. En la actualidad el problema más complejo de toda la ciencia física es armonizar la teoría de la relatividad general —con la que explicamos la gravitación de los grandes objetos, como planetas, estrellas y galaxias— y la mecánica del *quantum* —con la que explicamos las fuerzas que actúan en la escala microscópica y sin la que, entre otros descubrimientos, no serían posibles todas las aplicaciones nucleares que utilizamos hoy día. ¿Estaba Einstein equivocado? ¿No era cierta ninguna de las verdades que contenía su teoría?

Hace años que los filósofos de la ciencia se ocupan de reflexionar sobre estas incompatibilidades entre los distintos paradigmas científicos. Es un problema profundo, un cisma en el *continuum* unitario y acumulativo del conocimiento, que nos obliga a replantearnos nada menos que la noción de verdad. Thomas S. Kuhn, con la publicación de *Las estructuras de las revoluciones científicas* en 1963, echa el lazo a este conflicto con su «teoría de la inconmensurabilidad de los paradigmas». La inconmensurabilidad o

incompatibilidad de dos teorías es la diferencia de significado entre los términos utilizados por dos comunidades científicas distintas. Este cambio del significado de los conceptos es radical, porque no existe ningún lenguaje al que puedan ser traducidas, al mismo tiempo, las verdades de ambas teorías. La obra de Kuhn, que sí ha sido traducida a dieciséis idiomas y vendido más de un millón de ejemplares, ha trascendido los confines de la filosofía, para afectar a historiadores, sociólogos y economistas. No hay que pararse a pensar demasiado para comprender que la teoría de Kuhn tiene también una directa aplicabilidad en el análisis de las culturas.

No hace mucho el novelista Martin Amis declaró: «No me puedo imaginar qué hace reír a Osama Bin Laden». Desde que aparecieran las caricaturas de Mahoma a esta parte, se ha debatido mucho sobre la risa y sobre el sentido del humor. El sentido del humor de los judíos, de los cristianos, de los musulmanes. El sentido del humor de los dioses. Lo que parece no todo el mundo entender es que occidente y el mundo islámico conforman dos paradigmas culturales estancos, y que sus lenguajes son inconmensurables.

Conceptos como «risa», «humor», «tolerancia», «libertad», «religión» o «sacrificio» tienen un significado radicalmente distinto en un paradigma cultural y en otro. Sus verdades son distintas y sus significados intraducibles. Y por eso me pregunto: ¿cuál es el sentido de discutir la verdad o bondad de un paradigma frente al otro desde los términos siempre incapacitados y parciales de uno de ellos? ¿A quién van dirigidos los artículos y editoriales de prensa que intentan convencer de las excelencias de los valores occidentales? ¿A los occidentales que ya los compartimos, o a los musulmanes que no pueden entender de qué se les habla porque el suyo es un lenguaje distinto al nuestro -y no me refiero a nuestras lenguas española, inglesa o danesa?

De un tiempo a esta parte se han podido leer afirmaciones del tipo: «nos ha costado siglos, sangre, sudor y lágrimas la conquista de valores como la libertad de expresión o la blasfemia». Pero, ¿a quién se está informando de este balance de costos? Los siglos de historia recorrida hacia la libertad y la blasfemia los hemos

transitado nosotros. Y no otros. La sangre y demás secreciones vertidas eran las de nuestros antepasados, y sólo nosotros hemos recibido los beneficios y la carga de su legado cultural. ¿Quién de nosotros no disfruta con una buena blasfemia? Para mí una blasfemia es fuente de tanto alborozo como para cualquiera de ustedes. Pero es que yo pertenezco a este paradigma.

De un tiempo a esta parte se han podido escuchar afirmaciones del tipo: «pues que se resarzan de la afrenta de las caricaturas dibujando al Papa de Roma perforando condones, ¡a mí plim!». ¿Pero quién decide esta equivalencia entre universos inconmensurables? Salta a la vista que este *quid pro quo* es justo sólo a ojos de nuestros términos. Personalmente me puedo desternillar hasta el destronche viendo cómo un Jesucristo atónito es vapuleado por los niños irreverentes de South Park. Pero es que yo pertenezco a este paradigma.

¿A quién van dirigidos entonces —insisto— los artículos y editoriales de prensa que tratan de entablar un debate sobre la libertad de expresión y la tolerancia? Éste no es un debate ideológico, es más mucho que eso. Lo único que está por encima de los paradigmas, lo único que quedará cuando este choque de mundos concluya, son las muertes. Las muertes que ha habido y las que habrá. Las muertes reales de personas reales, que pueden cesar o crecer exponencialmente. Apenas hay unas cuantas verdades que, con mucho esfuerzo, podemos sublimar más allá de la parcialidad de los paradigmas. En palabras del filósofo José Antonio Marina, por encima de las verdades religiosas, algunas verdades éticas pueden alcanzar un carácter universal. Una de estas certezas es la que defiende la vida.

No en todos los sistemas matemáticos dos más dos son cuatro. Hay sistemas culturales inconmensurables, con lenguajes, sistemas de valores y tablas de verdades distintos. ¿Es usted de los que cuando habla con un discapacitado auditivo hace aspavientos y reduce la profundidad de su mensaje como si su interlocutor fuese idiota? ¿Es usted de los que cuando se encuentra en el ascensor con su vecino polaco le pega unas voces tremendas como si fuese un discapacitado auditivo? ¿Serviría de algo que se empeñara en caricaturizar a

Newton con la cabeza rizada de partículas cuánticas, por mucho que hoy sepamos que la tenía plagada de ellas? ¿Discutiría con vehemencia sobre si es mejor ese cuadro figurativo de ahí o aquel otro abstracto de allá, si cada vez que lo hiciera supiese que podría caer muerta una persona en algún lugar del planeta, a la que, a la postre, le traía al fresco su posición intelectual?